



## Padre Lobo, Madre Luna

Esta es una historia verdadera.

Todo lo que somos y todo lo que fuimos comenzó en Pangea. Ya sabéis que era Pangea. Habéis oído historias del Jardín del Edén; eso es lo mejor que los humanos pudieron hacer tratando de recordarlo. Podéis pillar destellos en vuestros sueños, y a veces oléis algo; tal vez el aroma de una planta saludable, o algo sobre el olor de vuestra presa; y casi recordáis. Los olores son lo más difícil de olvidar. Pero no podéis recordarlo del todo, ¿no? Tan sólo los primeros de los nuestros caminaron por Pangea.

Y ellos fueron quienes tuvieron que destruirla.

¿Podéis recordar el olor? El mundo era fresco y estaba lleno de promesas. Los espíritus podían entrar en el reino de la carne fácilmente, y los animales y los humanos podían entrar en la refrescante sombra del mundo. Pangea no era la unión de continentes de la que hablan los geólogos, sino el mundo en su primera forma. Los humanos y los espíritus compartían un mismo lenguaje, la Primera Lengua. No podemos recordar si Pangea era un tiempo, un lugar o ambos. Todo lo que podemos recordar es que era glorioso, y se perdió.

Cuando Pangea estaba en su esplendor, su belleza sedujo al corazón de la Luna. La Luna, Amahan Iduth, creció encantada por el mundo que crecía debajo suyo. Tomó la forma de una mujer de carne y descendió a la Tierra. Caminó por las junglas y nadó en los mares. Era la criatura más bella del mundo y tenía incontables pretendientes. El más grande y el más valiente era Padre Lobo.

Pangea era gloriosa, pero no era un mundo de paz perfecta y amabilidad. Era un mundo de cazadores. El león aún cazaba el cordero; los espíritus tomaban lo que necesitaban del mundo de la carne. La muerte formaba parte de este paraíso de cazadores, y el mayor de todos los cazadores era Padre Lobo. Era un guerrero del Mundo de la Sombra y del mundo fangoso de aire y tierra. Deambulaban por las fronteras del mundo físico, manteniendo todo en su lugar. Los espíritus deambulaban por el mundo de la carne, pero no demasiado tiempo. Padre Lobo estaba demasiado preparado para cazar a un espíritu que se había excedido en su visita. Cuando era necesario, sus dientes y sus garras empujaban a los mortales y animales de regreso a la seguridad relativa del mundo de la carne, si se adentraban demasiado en el mundo espiritual. Su corazón ardía con fuerza y convicción sobrenaturales, una rabia justa que lo hacían imparable. Pero él era el señor de esa rabia. El fue el primero entre nosotros, y fue más grande que ninguno.

Padre Lobo amaba a Madre Luna mientras ella surcaba los cielos, y se vio lleno de gozo y amor cuando se la encontró mientras ella andaba por las fronteras entre el mundo espiritual y el físico. No era el único con estos sentimientos. Por su parte, Madre Luna descubrió que Padre Lobo era valiente, fuerte y hermoso, y también lo amó. Se conocieron el uno al otro, y ella le dio hijos que eran carne y espíritu, los primeros hombre-lobos.



Aunque ella vestía un cuerpo humano, Madre Luna engendró los primeros hombres lobo como una camada de nueve cachorros, augurando su futuro destino.

De Madre Luna nuestros ancestros ganaron el poder de cambiar de forma, al igual que ella cambia la suya cada mes. De Padre Lobo ganaron sentidos, fuerza y velocidad más allá de la de los lobos nacidos de la carne. De ambos padres ganaron una medida de poder espiritual, pues Madre Luna era la reina del Mundo de la Sombra y Padre Lobo era el Señor de las Marcas Fronterizas.

Después de dar a luz, Luna regresó a los cielos, y Padre Lobo crió la Primera Manada. Enseñó a los primeros Hombre-Lobos los caminos del lobo y del hombre, de la carne y del espíritu. Les mostró los caminos del Reino de la Sombra a través del bosque, montaña o desierto al mundo de la carne, hacia los hogares tribales de los hombres.

Padre Lobo crió la Primera manada para que le ayudaran en sus deberes como guardián de las Marcas Fronterizas. Ellos aceptaron esos deberes y ayudaron a traer el orden al mundo espiritual y al mundo fangoso. Eran pastores de humanos, animales y espíritus. Seleccionaban cualquier rebaño, tribu o manada que crecía demasiado grande o demasiado peligrosa, manteniendo el equilibrio en todas las cosas.

Por supuesto, algunos espíritus y algunas tribus de la humanidad no se tomaron muy bien que Padre Lobo y la Primera Manada los vigilaran. Algunos pelearon, ya través de la fuerza de los números, magia o fuerza, algunos no morirían fácilmente. Padre Lobo y su manada expulsaron a los peores a los confines lejanos del mundo espiritual salvaje, incluyendo espíritus poderosos, sirvientes menores de esos espíritus, y tribus de hombres que veneraban poderes oscuros y cometían crímenes blasfemos. Otros, como el Rey Plaga o la Abuela Hiladora se oponían a Padre Lobo cuando podían y partieron cuando comprendieron que no podían enfrentarse a su Manada entera.

Éramos los señores del mundo del alba. Nuestra gran fuerza y nuestra habilidad para tomar distintas formas nos permitían dominar cualquier hombre o criatura. Pocos depredadores nos podían retar. Ninguna presa podía resistirse. Incluso los mamuts más fuertes y los depredadores más fieros de esa era no eran rival para una manada de hombres-lobo. Fue un tiempo oscuro para los humanos, pero fue nuestra era de gloria, una edad de oro pintada con la sangre brillante de nuestra presa.

Como toda edad de oro, estaba condenada.

Veréis, comenzó con Padre Lobo. Antes de nuestro tiempo, antes que los humanos se levantaran y cuando la mayoría de los espíritus eran aun jóvenes y débiles, tan solo Padre Lobo era necesario para mantener los mundos en orden. Ningún espíritu pudo permanecer demasiado tiempo en el mundo físico u obtener demasiado poder. El poder personal de Padre Lobo disminuyó un poco a medida que engendró progenie en Madre Luna y en otros espíritus. Pero aun era fuerte y rápido... durante un tiempo.



Tuvieron que pasar muchos, muchos años, más de los que podrían contarse, pero gradualmente Padre Lobo comenzó a perder fuerza y velocidad. Sus colmillos comenzaron a embotarse, y su sabiduría no llegaba tan lejos. Más y más espíritus escapaban a su percepción, instaurando terribles reinos entre los humanos e hinchándose de poder. Cuando atrapaba a estos aspirantes a dioses de sufrimiento y glotonería, necesitaba más tiempo para acabar con ellos.

Algunos incluso escapaban, debilitados por el combate, pero libres de todas maneras. Gradualmente, Pangea se estaba convirtiendo en un paraíso para los espíritus y para aquellos humanos que aceptaban su gobierno, y un purgatorio para el resto. Nuestros padres y madres ancestrales veían todo esto, y la duda comenzaba a corroerles.

¿Que ocurre cuando una manada de lobos comienza a fallar en su caza porque su alfa es demasiado débil, demasiado lento, demasiado ciego para dirigir? O bien la manada muere, o el alfa debe ser reemplazado. Esa pregunta fue la misma para nuestros ancestros, pero las apuestas eran el mundo entero. Lo que sucedió a continuación fue una cosa horrible que no tendría que haber sido necesaria... pero lo fue.

Cada espíritu tiene sus prohibiciones, leyes inviolables que gobiernan su propia naturaleza. A un espíritu del dolor le es imposible curar una criatura viviente; a un espíritu tiburón le es imposible descansar. Padre Lobo era uno de los espíritus más poderosos de la Creación, pero hasta él tenía una prohibición. Sentía una conexión tan grande hacia su deber, que no podía cerrar sus ojos hasta que alguien pudiera tomar su lugar. La fuerza de su prohibición era tal, que si alguien que fuera capaz de hacerlo se levantara contra él, Padre Lobo no podría defenderse.

Por supuesto, los mejor preparados para tomar el lugar de Padre Lobo eran sus propios hijos.

Las historias de esta época dejan claro que Padre Lobo podía emplear sus garras y sus colmillos contra sus hijos en enfrentamientos ordinarios por el dominio. Pero si la manada de Padre Lobo realmente quisiera darle un golpe mortal contra él, su propia natura lo dejaba indefenso. Él no sería capaz de defenderse activamente contra tal traición, y su denso pelaje y sus poderosos músculos no serían de más ayuda que el viento y la lluvia. De modo que el único modo de derrocar a Padre Lobo era atacándolo a muerte.

Y lo asesinamos.

Con su último aliento, Padre Lobo lanzó un aullido que estremeció ambos mundos. Los humanos se colapsaron lloriqueando ante el sonido que llenó sus corazones de terror. Los espíritus se ocultaron, aterrorizados que algo hubiera sido capaz de matar al gran espíritu lobo implacable. Se dice que el hombre lobo que lanzó el golpe mortal murió al instante a causa del peso emocional del aullido. Tras escuchar el aullido de muerte de su amante favorito, la propia Luna lloró de angustia por la traición, maldiciendo a todos los hijos que hubiera parido en su existencia. Esta maldición nunca fue levantada del todo.



Se dice que entonces el alma del planeta se agitó. Mientras los habitantes del Mundo de la Sombra y las criaturas mortales del mundo físico retrocedían, los dos mundos se dividieron. La tierra tembló y las tormentas arrasaron la tierra. El hielo se liberó del norte, y las islas se hundieron en el océano. Pangea ya no existía. Tras la Caída, el paraíso de los cazadores había desaparecido para siempre.

Es por ello que somos lo que somos. Es por ello que somos lobo y humano. Es por ello que somos hijos del Reino de la Sombra pero estamos desposeídos por el espíritu. Los espíritus nos han temido (y la mayoría nos han odiado) desde ese día. Temen y odian la idea que criaturas parte carne y parte efímera ahora tengan el poder de vigilarlos, y que una vez tuviéramos la fuerza de destruir al único espíritu que todos ellos temían. Los humanos enloquecerían si supieran que no somos solo iconos del cine, sino criaturas reales que caminamos entre ellos.

Destruimos la cosa más valiosa que teníamos porque tenía que hacerse. Mantenemos el mundo espiritual a raya, y los espíritus no nos soportan por ello. A la vez, hacemos lo posible para que los humanos no mutilen al mundo espiritual, y si lo supieran, los humanos nos despreciarían por ello. Nuestros propios hermanos se han vuelto contra nosotros, odiándonos por hacer aquello para lo que ellos no tenían ni coraje ni compasión para hacerlo. Tan solo la variable Madre Luna y nuestros tótems lobos permanecen con nosotros, pero con ello nos basta. Somos el Pueblo. Somos los lobos que cazan en ambos mundos.

Somos los Desposeídos, y que el cielo ayude a quien atraiga nuestra furia.

**Tipo de Documento:**  
Oficial

**Autor:**  
Heinrich von Murnau (Uxas)

**Adaptación:**  
Jay Done

**Digitalizado por:**  
Zettai Van Ugen

**Un documento de:**  
Requiem Nocte